



A. BÁRCENAS, *Machiavelli's Art of Politics*, Leiden, Brill, 2015, pp. 168.

El libro de Alejandro Bárcenas, *Machiavelli's Art of Politics* (*El Arte Político de Maquiavelo*) es un recorrido por la teoría política de Maquiavelo que replantea las preguntas más importantes sobre algunas de sus aseveraciones más polémicas, exponiendo y ofreciendo variaciones alternativas a ciertos prejuicios que han prevalecido en su interpretación.

Para esto, Bárcenas considera indispensable tener en cuenta el contexto histórico e intelectual de Maquiavelo, a menudo pasado por alto a la hora de llevar a cabo una exégesis del pensador. Este es el primer elemento que conduce a interpretaciones cuestionables, ya que en el campo de la política cualquier idea nace necesariamente de la experiencia de su tiempo y del legado de épocas anteriores. Respecto a esto último, Bárcenas insiste a lo largo de su obra en la necesidad de recordar que Maquiavelo daba por supuesto un cierto conocimiento de la situación que al lector moderno le falta, y que es necesario suplir con un conocimiento de los acontecimientos históricos de la época. Así, *El Arte Político de Maquiavelo* reconstruye en cuatro capítulos las teorías del pensamiento político de Maquiavelo desde una perspectiva relativamente historicista, discutiendo las ideas desde el contexto en el que fueron construidas.

La relación entre Maquiavelo y el pensamiento de la Antigüedad, que encontramos en el primer capítulo del libro, es precisamente el punto de partida de esta perspectiva historicista. Un hecho resaltado por Bárcenas es que las principales influencias de Maquiavelo han sido a menudo obviadas en el estudio del pensador. Este es el caso de Jenofonte, cuyas obras *Hierón* y *Educación de Ciro* (*Ciropedia*) son claves a la hora de entender la elaboración de la teoría política de Maquiavelo. Bárcenas defiende que el pensador florentino adaptó los temas que se tratan en estas dos obras. Por ejemplo, Jenofonte es precisamente la fuente de la opinión de Maquiavelo de que la tiranía es perjudicial: «Es en el *Hierón* donde Maquiavelo aprendió que los tiranos solo están interesados en satisfacer sus propios deseos de una forma peor que la del pueblo» (I, 24)¹. También en Jenofonte encuentra Maquiavelo parte del material que luego utilizará en la discusión de las virtudes políticas, al posicionarse frente a la concepción medieval de que las virtudes consisten fundamentalmente en el cultivo individual del alma.

Además, Jenofonte fue uno de los pensadores griegos más realistas en relación con su concepción política, lo que pudo influir también en Maquiavelo, que nunca

¹ Todas las traducciones del material original son mías.

encontró valor en las disquisiciones sobre sociedades teóricas que nunca podrían darse en este mundo.

En el segundo capítulo, Bárcenas considera el pensamiento filosófico de Maquiavelo desde la perspectiva medieval, teniendo en cuenta la influencia que este periodo tuvo en la concepción renacentista de la política. Especial atención se presta a Agustín de Hipona, que no solo impactó a Maquiavelo, sino que tuvo gran influencia en el periodo en general: «[...] ningún otro filósofo tuvo más autoridad en el tema de la política en general durante el Renacimiento que Agustín» (II, 31).

Mediante este examen, Bárcenas argumenta en contra de dos afirmaciones típicas en la tradición interpretativa, a saber, que Maquiavelo fue un pensador amoral y que fue antirreligioso. Esto requiere tener en cuenta el cambio que supuso la Edad Media respecto de la mentalidad de la Antigüedad: la humildad y la obediencia, virtudes medievales tradicionales, habían reemplazado al deseo de autonomía y libertad característico de la Roma republicana. La proliferación de estas virtudes, ampliamente tratadas en *De Civitate Dei* e impulsadas por la Iglesia Católica, era para Maquiavelo símbolo de la incapacidad de esta de entender la importancia política de la religión, cuyo papel debía ser precisamente inspirar a los ciudadanos y animarlos a la grandeza, así como proporcionar las bases morales en que pudiese asentarse una sociedad: «En este sentido, para Maquiavelo, la Iglesia Romana no solo estaba fallando en no proporcionar un buen liderazgo, sino que se estaba comportando como una fuerza destructiva» (II, 34).

La conclusión del argumento es que en Maquiavelo no hay en realidad una separación entre la política y la moral, sino que está presente la idea de que es necesaria una moral colectiva, ya que el aplicar la moral individual cristiana al ámbito de lo público no da buenos resultados. De la misma manera, Maquiavelo no propone una sociedad sin religión, sino que afirma que la religión católica del momento no era compatible con el desarrollo de una sociedad que pretendiese alcanzar grandeza en el ámbito político.

Aquí Bárcenas se separa de la interpretación más tradicional, encabezada por Benedetto Croce y se une a la corriente de Isaiah Berlin, que afirma que «Maquiavelo parece haber argumentado a favor no de una emancipación de la política de la moral (o la religión), sino de una diferenciación entre dos modos de vida incompatibles» (II, 38).

También en este capítulo se toca el tema de las características que un buen gobernante debe poseer, tema relacionado con el problema de la moralidad en Maquiavelo y también muy dado a malinterpretaciones. Con el propósito de clarificar estos malentendidos comunes, Bárcenas expone desde el principio el criterio de Maquiavelo con las palabras que emplea el propio pensador: «He elegido no a aquellos que son príncipes, sino a aquellos que por sus innumerables méritos deberían serlo» (II, 42).

A partir de aquí se aclara también la interpretación del gobernante sin escrúpulos, que sigue el principio de que el fin justifica los medios, interpretación en gran parte propagada por Leo Strauss y sus seguidores, así como por otros detractores del pensador florentino. En realidad, Maquiavelo nunca afirmó que el fin justifica los medios, sino que simplemente planteó la pregunta de si es posible alcanzar prosperidad política a través del mal. Y, como muestra Bárcenas al poner

de relevancia el análisis que Maquiavelo hace de Agatocles de Siracusa, la conclusión es que mediante la maldad no se consigue ni gloria ni virtud.

Como se expondrá en el siguiente capítulo, al afirmar que Quirón debe ser el maestro del príncipe, Maquiavelo no pone el énfasis en la naturaleza bestial del centauro, sino que tanto esta como la naturaleza humana, que retiene y contrarresta a la otra, son necesarias.

El modelo de político que propone Maquiavelo no es el de un mercenario despiadado, sino el de un artista, es decir, el de alguien que supiese cuándo «bajar del alto plano del poder para entender las necesidades del pueblo y, de forma dialéctica, cuando es necesario observar la política desde el asiento del gobernante» (II, 43). El arte del político consiste precisamente en «reconocer la importancia de entender las circunstancias y la forma adecuada de actuar sobre ellas» (II, 47).

En todo esto asienta Bárcenas su tesis de que Maquiavelo no es un filósofo ni antirreligioso ni amoralista. A sus ojos, el pensador florentino ni siquiera rompe con la tradición clásica tan completamente como se ha querido ver, sino que simplemente se da cuenta de que no es posible enfocar el gobierno del estado o la república de la misma forma en que se aborda el gobierno de uno mismo en el ámbito privado. Así, la pregunta del político es la siguiente: «¿qué es más importante, la seguridad y bienestar de los habitantes de una comunidad o el desarrollo personal del que gobierna, que le lleva a salvar el alma según la cristiandad?» (II, 49). La respuesta de Maquiavelo es clara: la primera.

En el tercer capítulo, y de acuerdo con su perspectiva historicista, Bárcenas toma como punto de partida la primera Guerra de Italia, iniciada en 1494, para analizar el tratamiento del concepto de república en Maquiavelo y para explicar la oscilación de Maquiavelo al preferir este sistema o el principado.

Es posible que el propio Maquiavelo nunca resolviese esta cuestión, pero Bárcenas se inclina por una interpretación de Maquiavelo como republicano ya desde la época de *El Príncipe*, uniéndose así a la lectura de Viroli.

El propósito de *El Príncipe* es el estudio de cómo obtener y mantener el poder, y en esta obra está muy presente la figura del héroe político. Es posible que la propuesta de Maquiavelo de concentrar todo el poder político en una sola persona fuese la respuesta a la situación después de los acontecimientos de 1494, pero en cualquier caso ya en esta obra hay una preocupación constante por la necesidad de impedir que el príncipe se convierta en un tirano, de forma que es imposible una lectura en la que se presente a Maquiavelo argumentando a favor de un poder absoluto y tiránico.

Aunque es en los *Discursos* donde Maquiavelo estudia a fondo las ventajas y las desventajas de las repúblicas, ya en *El Príncipe* aparece la idea de que esta organización es más segura y más libre, ya que los ciudadanos no están sometidos a la voluntad de los gobernantes: una ciudad libre es «una que se funda en buenas leyes e instituciones y que no necesita la virtud de un hombre» (III, 59). Esto está relacionado a su vez con la importancia de la multitud, que Maquiavelo desarrollará luego en los *Discursos*: «Maquiavelo señala que no hay una diferencia real entre la inconsistencia del pueblo y de los príncipes» (III, 57).

La república va indisolublemente unida al gobierno de las leyes, que son la característica más básica de lo que Maquiavelo llama un *vivere civile*. Bárcenas señala que Maquiavelo se refiere a leyes justas, que en ningún caso trata de

defender la preservación del poder por cualquier medio. Y es precisamente por su creencia de que los hombres son por naturaleza malos por lo que Maquiavelo considera la legalidad como algo necesario para cualquier ciudad, ya que guiados por buenas leyes es como los hombres pueden llegar a hacer el bien.

De esta forma, «ni la represión ni la guerra son las características definitorias del régimen ideal de Maquiavelo», aunque las considerara partes necesarias de la política, especialmente en el caso de la fuerza externa. Esto se debe a su consideración de que las repúblicas orientadas a la expansión son preferibles a aquellas orientadas a la preservación, una afirmación que Bárcenas, siguiendo a Hannah Arendt, considera muy cuestionable.

El último capítulo está dedicado al legado de Maquiavelo en la interpretación contemporánea, especialmente en Strauss, Voegelin y Viroli.

Para empezar, Bárcenas expone la influencia de la interpretación de Leo Strauss, que caracteriza a Maquiavelo como un pensador amoral e irreligioso, sentando los cimientos bajo los que pudieron alzarse las tiranías modernas: «El pensador florentino es notorio por ser el único filósofo en la historia que puso su nombre bajo una forma de pensar y actuar políticos caracterizada por todos los pensadores clásicos como simplemente malvada» (IV, 68). Para Strauss, uno de los principales problemas de Maquiavelo era el haber abandonado la exploración teórica de la ciudad ideal, que él interpreta como una limitación del significado de la buena sociedad, plegándose a las inclinaciones del pueblo y situando el punto de partida de la política en las pasiones y el egoísmo.

Una posición enfrentada a la de Strauss la hallamos en Eric Voegelin, ante la que Bárcenas se muestra mucho más próximo a lo largo de su libro. Según Voegelin, el gran debate en torno a la interpretación de Maquiavelo está relacionado con un cambio importante en el tratamiento de las cuestiones políticas. Para él, una condena del pensamiento del florentino al estilo de Strauss no lleva en ningún caso comprender al pensador, y considera que hay que estudiar las ideas de Maquiavelo desde el contexto de las circunstancias de la época, así como bajo el peso de la tradición anterior. Sin tener en cuenta la crisis de los valores de la cristiandad es imposible entender la importancia que cobra el príncipe, que se convierte en héroe político, y es imposible comprender la ética que presenta Maquiavelo, de forma que se cae en el error de pensar que la ambición individual y egoísta puede en algún caso ser considerada virtud. Asimismo, Voegelin entiende, igual que Bárcenas, que Maquiavelo no es un pensador irreligioso, sino que gran parte de sus ideas proceden del desencanto con la cristiandad de su tiempo, de forma que su espiritualidad se traduce en virtud en el ámbito terrenal, y no en un ámbito superior, como a Strauss le gustaría.

Para terminar, Bárcenas presenta la opinión de un intérprete más reciente, Maurizio Viroli. Este estudioso interpreta a Maquiavelo bajo una nueva luz, no tan influenciada por los eventos sucedidos en la primera mitad del siglo XX, y cree que la teoría maquiaveliana busca una reforma política que «implica una reforma de las instituciones, así como del pueblo mismo», y también “una reforma de la sociedad en conjunto, en la que la religión está en el centro del establecimiento de repúblicas realmente libres e independientes” (IV, 79).

Los dos apéndices con los que concluye el libro contienen una selección de textos de *El Príncipe* y de los *Discursos*, y tratan de ilustrar los argumentos

defendidos a lo largo de toda la obra, permitiendo al lector redescubrir el pensamiento de Maquiavelo a la luz de las tesis expuestas por Bárcenas, sin caer, como venimos diciendo, en condenas morales de ningún tipo, que solo empobrecen la lectura de cualquier pensador y en especial de uno tan controvertido como ha sido Maquiavelo.

Marina Pérez del Valle
Universidad Complutense de Madrid
marinp10@ucm.es